

lo, el curso de las estaciones, todos estos fenómenos les admiraban y poblaban su Olimpo de una multitud de divinidades de las que describían sus poetas los diversos atributos. Pero en esa cuenca del Indo donde el calor y la sequía son tan temibles, es Vayu, el viento, son los Marutes, sus mensajeros y sus servidores, son las vacas celestes, las nubes cargadas de lluvia, á quienes se invoca frecuentemente y con la mayor elocuencia.

Véase un fragmento del himno que canta al Sol y que es al mismo tiempo un hermoso ejemplo de la poesía védica:

«El divino Savitri mora en el astro luminoso que se levanta y reparte su claridad sobre todos los mundos. El sol vivifica el cielo, la tierra, el aire que llena de sus rayos.

»Sus rojos corceles le traen. Con la luz llega la grande y bella Aurora que lo anima todo con sus esplendores. La diosa, que despierta al hombre para el trabajo útil, viene sobre un carro magnífico.

»El sol, ese dios que no usa de ninguna rienda, ni de ningún lazo, ¿cómo hace para montar, para descender sin caerse? ¿Quién puede saber la fuerza que lo sostiene? Compañero de Rita, es el guardián, el sostén de la bóveda celeste.»

El fuego, bajo el nombre de Agni, es una de las principales divinidades del Panteón védico. No hay allí otro que Indra, creador supremo, que le sea superior. El fuego existe por todas partes y por todas circula: en las venas de los seres vivientes, en el seno de la tierra, en las ramas de las plantas y sobre todo en los rayos del sol, cuando enciende la hoguera.

«Cuando pienso que este ser luminoso está en mi corazón, los oídos me zumban, se turban mis ojos, mi alma se extravía en su incertidumbre. ¿Qué debo decir? ¿Qué debo pensar?

»¡Oh Agni!, cuando te escondes en la obscuridad, todos los dioses te respetan y tiemblan.»

Las creencias sobre la vida futura son de igual modo bastante vagas y variables en los *Vedas*. Vuelve el individuo á los elementos después de su muerte, y su alma es revestida por un nuevo cuerpo, concepción en que es preciso ver quizá un bosquejo de la futura metempsicosis. La creencia en el alma, como principio inmortal que habita el cuerpo, pero superior á él y for-

mando la verdadera personalidad humana, aparece igualmente además en los *Vedas*.

«Que la mirada de este muerto encuentre en el Sol el soplo de Vayu. Vuelve al cielo y á la tierra lo que les debes. Ve á dar á las aguas y á las plantas las partes de tu cuerpo que les pertenecen.

»Son de su ser una porción inmortal. Ella es, ¡oh Agni!, lo que es preciso calentar con tus rayos, inflamar con tu fuego. ¡Oh Djataveda!, en el venturoso cuerpo formado por ti, transpórtala al mundo de los hombres piadosos.

»Cuando tu alma visita allá lejos la comarca de la muerte, la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.

»Tu alma visita á lo lejos el cielo y la tierra, nosotros la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.

»Tu alma visita allá lejos el Sol y la Aurora, nosotros la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.» Etc.

De esta creencia en la inmortalidad del alma resulta el culto de los *Pitris* ó antepasados. Hemos visto además que, según los arios, los abuelos muertos no subsisten y no son felices en la mansión eterna sino mientras su familia se perpetúa aquí abajo y les ofrece con regularidad plegarias y sacrificios.

«¡Oh Agni!, ven con esos piadosos, esos grandes, esos antiguos Pitris, con esos mil servidores de los dioses que suben al mismo carro que ellos, que beben la libación, que comen con Indra el holocausto, que van á sentarse cerca del hogar.»

La idea de un Dios supremo, creador de todos los seres mortales ó inmortales y dominando la multitud inmensa de los hombres, de los antepasados y de los dioses, se encuentra también, pero algo en estado de esbozo, en los *Vedas*. Cada dios celebrado por un himno parece al autor el más importante de los dioses ó el dios único. A veces todos los dioses son considerados como el mismo dios bajo nombres diferentes.

«El espíritu divino que circula en el cielo se llama Indra, Mitra, Varuna, Agni. Los sabios dan al ser único más de un nombre; ya Agni (el fuego), Yama (la muerte),» etc.

Este ser único tiene, como se ve, propiedades bastante vagas,

puesto que tanto es el fuego, cuanto la muerte ó cualquiera otra abstracción.

El pasaje siguiente es algo más concreto:

«El que es nuestro padre, que ha engendrado y contiene todos los seres, conoce cada mundo. Dios único, crea los otros dioses. Todo lo que existe le reconoce por dueño.»

Pero esta afirmación está á veces obscurecida por un vago sentimiento de la impotencia humana para conocer el origen y el fin de las cosas.

«Conocéis al que ha hecho todas estas cosas: es el mismo que está ante vosotros. Pero á nuestros ojos todo está cubierto como por un velo de nieve. Nuestros juicios son oscuros; y los hombres se van, ofreciendo holocaustos y cantando himnos.»

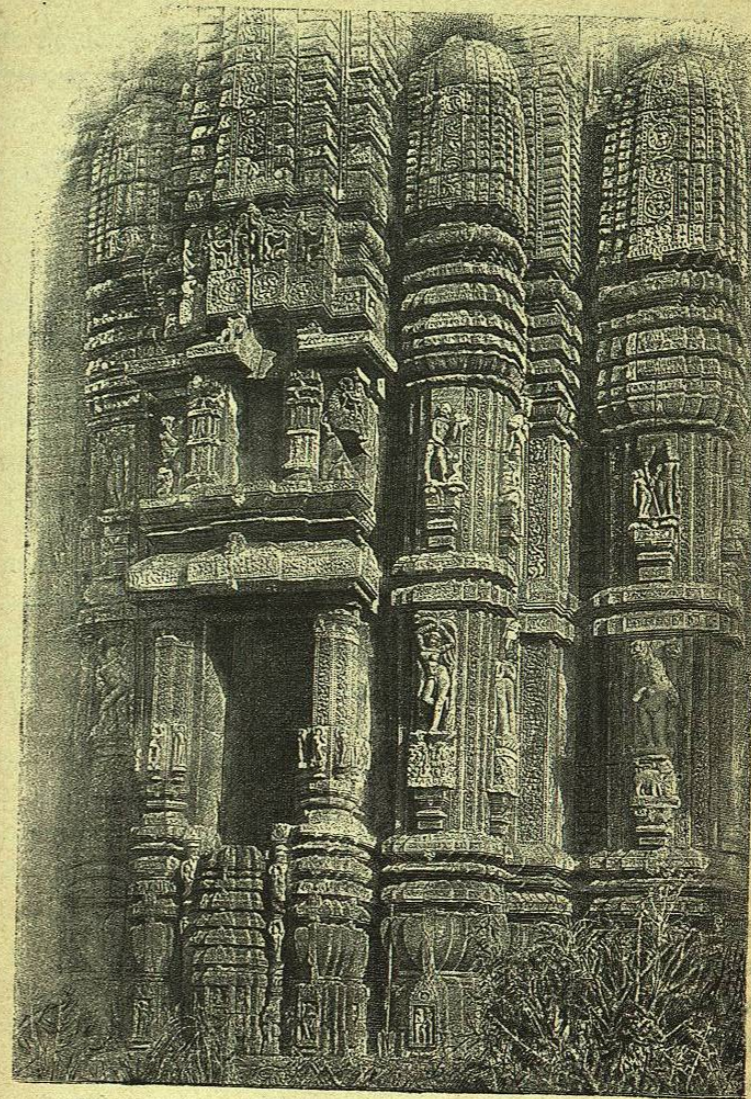
En esos cerebros primitivos germinaban ya esas claridades de escepticismo que debían desenvolverse más tarde á un tan alto grado en los libros sagrados de la India. Hallamos la prueba en un pasaje de *Rig Veda* ya citado por Max Muller en sus *Lecciones sobre el origen y el desenvolvimiento de la Religión*.

«¿Quién sabe, quién dirá de dónde ha salido esta creación? Los dioses vinieron después de ella. ¿Quién dirá, pues, de dónde viene?»

»De dónde viene esta creación y si es la obra de un creador ó no, el que contempla todas las cosas desde lo alto del firmamento, ese lo sabe. Y quizá él mismo no lo sepa.»

Esas grandes preocupaciones que embargan á veces el cerebro de algunos pensadores, no parecen haber inquietado mucho á la multitud. Para la masa del pueblo, la gran tarea era mantener con los dioses una especie de comercio práctico por el cual cambiaba oraciones, himnos y holocaustos contra tesoros, rebaños y la victoria sobre los enemigos. Aquí las citas serían monótonas; abundan en los *Vedas*. Cualquiera que sea el dios que se implore, se procura atraerle prometiéndole olas de soma, libaciones de leche y de miel, plegarias, hermosos cán-

uticos, á veces el sacrificio de un animal vivo, á condición de que el dios á su vez se comprometiera á proteger la familia, á preser-



BHUWANESWAR. — Detalles de ornamentación del templo de Rajarani  
(Escala, 17 milímetros por metro aproximadamente.)

varla de enfermedades, á atraer la lluvia sobre los campos, á hacer que las vacas sean fecundas.

Raramente el espíritu de penitencia, el sentimiento de las faltas cometidas, el deseo de perfeccionarse, se mezclan á esas voces groseramente interesadas.

La noción del pecado está apenas indicada en el *Veda*. El ario no aspira nunca á la perfección y acepta fácilmente su parte en las debilidades de la naturaleza humana.

«¡Oh Pitris! — exclama en uno de sus himnos, — no nos hagas ningún mal; no hemos pecado sino por la debilidad de nuestra naturaleza humana.»

La moral está entre los arios poco desarrollada, es poco rigurosa. La limosna, la bondad hacia los animales, la fidelidad respecto de los amigos, son casi los únicos deberes que se hallan recomendados por los *Vedas*.

Terminaremos aquí el resumen rápido de la sociedad aria, resumen que hemos trazado tan fielmente como nos ha sido posible, según el gran cuadro que en conjunto nos ofrecen los *Vedas*. Hemos intentado evidenciar la civilización y el papel de los arios. Sin reconocerles las cualidades superiores que se creyó deber atribuirles cuando se descubrió su existencia; sin reconocerles sobre todo ese papel extraordinario que se les ha hecho representar en la formación de las razas y que colocaría en ellos la fuente de todo cuanto hay de elevado en nuestro Occidente, reconocemos que entre las civilizaciones equivalentes á la suya en desenvolvimiento, ninguna parece haber sido tan purgada de los restos de salvajismo primitivo. Si se compara el pueblo ario con otro que ha desempeñado un gran papel en el mundo — el judío, — no puede negarse que el primero fué, desde todos los puntos de vista, superior al segundo. La historia de los israelitas está llena de falsedades, de ingratitud, de cobarde servilismo, de revoluciones vanas, de sangrientas crueldades y de supersticiones feroces, que no encierran los libros arios.

Desde el punto de vista del estilo poético, la apreciación sería menos desigual entre las dos razas: el *Rig Veda* no es muy superior al libro de Job.

En cuanto á las tendencias filosóficas manifestadas excepcio-

nalmente, por otra parte, entre los unos como entre los otros, es preciso reconocer que las aspiraciones hacia la verdad, hacia lo desconocido, hacia lo infinito; que el sentimiento de la miseria humana y de la fragilidad de las cosas de este mundo, se encuentran en la *Biblia* más frecuentemente y más vivas que en los *Vedas*.

Por la manera de apreciar la vida, puede en general decirse de la *Biblia* que es demasiado pesimista, y de los *Vedas*, que ofrecen el defecto contrario. El ario es esencialmente optimista y se satisface fácilmente. En sus padres de familia, gozándose en sus hijos, en sus rebaños, en sus cosechas y no pidiendo nada más á su gran cielo azul, reconoceremos difícilmente á nuestros pretendidos antepasados, nosotros occidentales, llenos de aspiraciones mal satisfechas y que sólo vivimos, por decirlo así, de un eterno deseo.